

Valerie, no todos los sueños son ilusiones

Contenido

1. La campaña «Susurros»	5
2. El amor al principio es dulce, pero el final es amargo	22
3. El maestro de la escuela dominical.....	41
4. El pulpo de Kiev.....	101
5. El pilar y el plompert.....	148
6. La mariposa.....	167
7. La lucha entre hermanos no tiene ganadores	183
8. Valerie	210
9. El espejito de Licurgo	249
10. Los frenadores en servicio fijo	273

Prólogo

La gente suele preguntarme si estas historias son reales. Puedo ser breve al respecto. La mayoría de los sucesos ocurrieron de verdad. Otros podrían haber ocurrido. Y otros, en cambio, ocurren cada día, sin que nadie se dé cuenta. ¿Hay algo más divertido que observar a la gente en su entorno natural?

Dejo que sea el lector quien decida dónde acaba la realidad y dónde empieza la imaginación. La libertad, sobre todo la libertad de pensamiento, tiene un valor incalculable, aunque al final resulte ser una ilusión. Dígame con sinceridad: ¿hasta qué punto es usted libre en la red de obligaciones sociales y de los instintos naturales?

¿Es usted el protagonista de su propia vida o solo un figurante? El exalcalde de Parramatta (Australia), John Haines, un veterano de Vietnam, me dijo en 1993 que al ser humano le mueven tres cosas: el miedo, la codicia y el miedo. El miedo a escapar de tu jaula supone para muchas personas un gran obstáculo para llevar una vida aventurera.

Aferrarte a falsas seguridades, ilusiones y deseos ilusorios no te hace libre. Otros muestran un comportamiento autodestructivo en forma de todo tipo de adicciones. ¿No son todas estas adicciones facetas del mismo cristal: el vacío existencial y el alivio del dolor y la tristeza? La vida es una película con altibajos.

¡Haz que sea una película jodidamente buena! Rechazo de plano la idea pesimista de muchos filósofos de que la vida es un gran calvario. Me parece una auténtica tontería. Quizá el sentido de la vida sea el viaje en sí mismo. El destino importa menos. Atrévete a vivir.

Los reveses y la tristeza contribuyen a forjar tu personalidad y estimulan tu autonomía y tu capacidad de resistencia. Solo puedes apreciar el calor si conoces el frío. Todas las cosas buenas de la vida tienen sus antónimos. Sin estas contradicciones no se experimenta nada, ni siquiera la justicia.

Me llamo Dik Momus, observador, investigador, biógrafo, comentarista y reportero al servicio de Malebolge. Mis encargos son muy variados, pero en esencia siempre se reducen a lo mismo: ¿cómo fue realmente y por qué actuaron las personas como lo hicieron?

Para mí, la búsqueda de la verdad, la honestidad y la justicia son las virtudes y los criterios de evaluación más importantes. Eso no significa que tenga la sabiduría en exclusiva, pero sí que intento fundamentar mis conclusiones con argumentos lógicos y plausibles.

Esto parece haberse convertido en una gran excepción en nuestros tiempos, sobre todo en los ámbitos políticos.

1. La campaña de rumores

Encargo a Dik Momus: investiga este caso a fondo y arroja luz sobre él. ¿Se trata de la inocencia total de Paarelketting o de una culpa compartida? ¿Se buscó ella misma la desgracia y existe el karma? ¿No son precisamente las personas que más hablan de integridad las que suelen carecer más de ella? Dejo el juicio en manos del lector.

Me llamo Dik Momus. Soy reportero en la Quinta Brecha de Maleboge. Suena más serio de lo que es, aunque debo admitir que somos un departamento muy ajetreado. En la Primera Garganta se trata a los tiranos, en la Segunda a los banqueros, en la Tercera a los falsos profetas y en la Cuarta a quienes, en los programas de debate, dicen «con todo respeto» justo antes de destrozarse a alguien.

El Quinto Abismo está reservado para aquellos que hunden a otros pronunciando palabras altisonantes. Nos llegan muchos casos de política municipal. Mi jefe, un hombre pálido con una cara como si ya al nacer se hubiera quejado de las circunstancias, dejó una mañana un delgado expediente sobre mi escritorio. «Jenevercity», dijo.

Miré la portada. «¿Otra vez un ayuntamiento?» «Uno especial». «Eso dicen todos». «Este susurra». Suspiré. «Todos los ayuntamientos susurran». «Este lo ha convertido en política». Eso despertó mi interés. «¿De qué trata?» «De un alcalde. Un collar de perlas». «¿Culpable?» «No lo suficiente.» «¿Inocente?» «Tampoco lo suficiente.»

«¿Entonces, humano?» «Exacto. Por eso te enviamos a ti». Abrí el expediente. Apenas había papel dentro. Solo una lista de nombres: Paarelketting, Stampertje, Blauwe, Rookgordijn, Lange Jaap, Steekel, Teek, Hugo Vlot.

«¿Qué tengo que hacer?» «Observar». «¿Puedo intervenir?»
 Mi jefe me miró como si hubiera propuesto suspender temporalmente la gravedad. «Nunca intervenimos. Tomamos nota. El ser humano tiene libre albedrío». «¿Sigue creyendo eso?» «No. Pero queda muy bien en nuestro folleto». Así fue como acabé en Jenevercity. Cada ciudad tiene su propio sonido.

En algunas ciudades se oye el mar. En otras, tranvías, vendedores del mercado, niños, perros o campanas de iglesia. En Jenevercity se oían sobre todo susurros. Empezaban tras las cortinas, junto a tazas de café, en los pasillos del ayuntamiento, en la panadería, en las salas de espera, en los cumpleaños y, cuando la cosa se ponía realmente seria, en el foro local de Internet de Teek.

Teek era un antiguo periodista, lo que en Jenevercity significaba que seguía escribiendo, pero que ya nadie le pagaba. Eso no hacía que su pluma fuera menos afilada, sino más ácida. Tenía unas cejas que por sí solas podrían formar un grupo de la oposición y siempre miraba como si acabara de descubrir un delito, incluso cuando alguien solo pedía un bollo de pasas.

Su fiel informante era Steekel. Ella también era ex periodista, ex confidente, ex asistente, ex novia, ex víctima y, en realidad, ex todo, excepto ex en lo que a rencor se refiere. En eso era joven, ágil e incansable. Durante el día recorría la ciudad con una bolsa de la compra.

Por la noche, según afirmaban las malas lenguas, volaba a ras de los tejados de la Broersvest en busca de nuevos datos. Solo que en Jenevercity se solía llamar «hecho» a una simple sospecha, y «prueba» a un hecho, sobre todo cuando se podía utilizar en contra de alguien.

Me alojé en un hotel junto al muelle. El posadero me sirvió un vaso de ginebra y miró a su alrededor como si las lámparas pudieran escuchar. «Seguro que ha venido a por ella, ¿no?». «¿A por quién?». Se inclinó hacia mí. «La alcaldesa». «¿Qué alcaldesa?».

Palideció. «En voz baja». Esa fue mi primera lección en Jenevercity: cuanto menos se sabía, más bajo se hablaba. A la mañana siguiente llegó Paarelketting. Bajó de un coche negro, miró el antiguo ayuntamiento y pensó: aquí hay que poner orden.

Ese fue su primer error. En Jenevercity se toleraban muchas cosas: el mantenimiento atrasado, los parques áridos, los tejados con goteras, los documentos de política incomprensibles, los concejales que hablaban tres cuartos de hora sin formular ni una sola idea. ¿Pero orden? Eso ya era demasiado.

Paarelketting era enérgica, aguda, ambiciosa y directa. Pronunciaba frases con un punto al final. Eso no se le perdonó. En Jenevercity, un gobernante debía pronunciar frases con una coma, tres reservas, dos disculpas y una remisión a una consulta posterior.

Durante su primera reunión, dijo: «Esto lo vamos a hacer así». Se hizo el silencio, como si hubiera anunciado un golpe de Estado. El concejal Blauwe miró sus papeles. El presidente del grupo parlamentario, Stampertje, se ajustó el jersey de punto. El secretario Rookgordijn sonrió. Nadie sabía por qué.

Eso era precisamente lo inquietante. Rookgordijn tenía un rostro que nunca revelaba exactamente lo que pensaba y unos ojos que siempre parecían estar buscando una salida.

Dominaba el arte de estar presente sin asumir ninguna responsabilidad. Cuando algo salía bien, siempre lo había preparado él. Cuando algo salía mal, resultaba que, casualmente, no había estado presente. «Presidente», dijo Stampertje lentamente, «quiero señalar que en esta ciudad estamos acostumbrados a un proceso minucioso». «

¿Un proceso minucioso?», preguntó Paarelketting. «Por supuesto». «Pero hace ya doce años que no ha pasado nada». «Precisamente por eso», dijo Stampertje, «no debemos precipitarnos ahora». Al consejo le pareció una respuesta extraordinariamente sensata. Paarelketting aún no comprendía que el estancamiento en Jenevercity no era una falta de política, sino un patrimonio histórico-cultural.

Los primeros meses trabajó como un torbellino. Los expedientes desaparecían de las pilas. Se tomaban decisiones. Los funcionarios que durante años se habían refugiado a salvo tras expresiones como «en principio», «por examinar» y «dentro de los marcos vigentes» empezaron a dormir inquietos. En la calle también se notaba algo.

Por fin, un empresario obtuvo una respuesta. Se rehabilitó un parque. Se abordó el problema de un edificio en ruinas. La ciudad incluso recuperó, para consternación de algunos, un poco de esplendor. «Hace demasiado», dijo Stampertje. «Lo hace demasiado rápido», dijo Blauwe. «Lo hace sin el respaldo suficiente», dijo Houtwurm.

«Lo está haciendo», dijo Rookgordijn. Con eso, el asunto se puso serio. Porque alguien que realmente hace algo se gana enemigos entre aquellos que durante años no hicieron nada y habían desarrollado una cierta dignidad en ello. Los altos funcionarios de Jenevercity eran de una clase especial.

Llevaban trajes oscuros, no leían las notas de los demás, pero alababan su calidad por una cuestión de autoprotección entre colegas. Eran maestros en redactar textos en los que no decía nada. Su mayor talento era formular conclusiones con las que todo el mundo podía estar de acuerdo porque nadie entendía qué se quería decir exactamente.

A menudo hablaban de integridad. Lo hacían sobre todo en salas con café, galletas y pantallas de presentación. «La integridad», dijo el secretario municipal Redelijik durante una jornada de formación, «es la base de la confianza». Todos asintieron. Eso se hacía siempre cuando se hablaba de bases.

A continuación, se levantó Hugo Vlot, jefe de Recursos Humanos. Tenía el rostro alegre de alguien que llamaba a las reorganizaciones «oportunidades de desarrollo». «Nuestro objetivo», dijo, «es una cultura organizativa cálida en la que cada empleado se sienta seguro para compartir sus sentimientos».

«¿A cuántos empleados se les declaró excedentes el mes pasado?», preguntó alguien desde el fondo. «Cuarenta y tres», respondió Hugo Vlot. «¿Se sentían seguros?» «Es un proceso». «¿Qué proceso?» «Un proceso minucioso». Con eso quedó respondida la pregunta.

Hugo Vlot se expresaba exclusivamente con palabras que no dejaban rastro de sangre. El despido se llamaba movilidad. El miedo se llamaba percepción. El rencor se llamaba «señal». La incompetencia se llamaba «punto de desarrollo». La cobardía se llamaba «sensibilidad administrativa». Cuando despedía a alguien, lo hacía con tanta empatía que el afectado casi se sentía culpable por estar triste. Paarelketting calaba ese tipo de lenguaje demasiado rápido.

«Diga simplemente lo que quiere decir», le dijo ella una vez a Hugo Vlot. Él la miró como si ella le hubiera pedido que se pasease desnudo por la cantina. «Pero, señora alcaldesa», dijo él, «debemos velar por la dimensión humana». «¿Qué persona?» «El empleado». «¿Qué empleado?» «El empleado en sentido general». «Eso no existe».

Hugo Vlot anotó más tarde en su diario: «La alcaldesa muestra un sentido limitado de los matices de la psicología organizacional». La campaña de rumores no comenzó con una mentira. Las buenas campañas de rumores nunca lo hacen. Comenzó con una pregunta. «¿También ha notado que Paarelketting es bastante dominante?». Eso aún no era una acusación.

Solo una pregunta. A continuación vino una segunda pregunta. «¿Cree que su estilo realmente fomenta la cohesión?». Luego, una tercera. «¿Es normal que un alcalde lea tantos expedientes?». En tres semanas ya se hablaba de un «estilo de gestión». En seis semanas, de un «problema».

En tres meses, se hablaba ya de una cultura. Y para cuando se acuñó el término «cultura del miedo», nadie recordaba quién lo había pronunciado, pero todos estaban convencidos de que lo habían sentido desde hacía años. Steekel desempeñó un papel protagonista en todo esto. Tenía el asombroso talento de ver un patrón en cada suceso.

Cuando Paarelketting no saludaba a un funcionario, eso era intimidación. Cuando sí lo saludaba, era manipulación. Cuando guardaba silencio, era gélida. Cuando hablaba, era dominante. Cuando sonreía, era altiva. Cuando no sonreía, era fría. «Todo eso es cierto», le dijo Steekel a Teek. «¿Qué es cierto exactamente?», preguntó Teek. «Todo». Eso bastó.

Aquella noche, Teek publicó un artículo en su foro titulado: «Aumentan las preguntas sobre la cultura de gestión». No se mencionaba qué preguntas aumentaban ni quién las planteaba. Eso aumentaba la credibilidad. Al día siguiente, el panadero habló del tema. El carnicero sabía más al respecto.

La florista estaba segura de que Paarelketting pedía flores sin aroma. Una profesora jubilada afirmaba que tenía en casa un perro que solo entendía francés. «¿Por qué francés?», preguntó alguien. «Porque es elitista», respondió la profesora. A nadie le pareció un argumento débil.

Desde que la campaña de rumores cobró impulso, el consumo de cafeína entre las señoras de la Broersvest alcanzó niveles preocupantes. Las mañanas de café adquirieron un carácter científico. Cada vecina disponía ya de al menos tres fuentes anónimas, dos sospechas fundadas y una cuñada que estaba «muy cerca del fuego», aunque solo trabajara dos tardes a la semana en la biblioteca.

Las señoras ya no hablaban, investigaban. «¿Has oído que ayer ponía cara de enfadada?» «¿A quién?» «Eso aún no está claro.» «Entonces es más grave de lo que pensaba.» «Exacto». El médico de cabecera de la localidad recetaba más somníferos que antibióticos y el farmacéutico empezaba a preguntarse por qué los adultos podían alegrarse tan abiertamente de la desgracia ajena.

Sus maridos habían protestado al principio contra los chismes diarios. Al cabo de unas semanas, dejaron de hacerlo. Y es que las señoras volvían a casa cada noche con una energía sorprendente. Según el médico de cabecera, no había ninguna explicación médica para ello. Según el párroco, tampoco.

Solo el peluquero opinaba que la maledicencia era un afrodisíaco subestimado. Nadie se atrevía a llevarle la contraria. Mientras tanto, en el consejo crecía la seriedad. Stampertje intuyó que había llegado su momento. Era un hombre que nunca tenía prisa, salvo cuando alguien más tropezaba. Entonces era capaz de caminar con una rapidez notable.

Durante una sesión del consejo, se ajustó el jersey, puso una expresión que reservaba especialmente para cuestiones morales y dijo: «Señor presidente, que no haya ningún malentendido. No estamos formulando aquí ninguna acusación. Al contrario.

Precisamente por eso debemos investigar todo a fondo». «Pero ¿qué ha pasado entonces?», preguntó Collar de Perlas. «Eso», dijo Stampertje, «es precisamente lo que hay que investigar». El consejo asintió. Era un razonamiento brillante. No se sabía qué había pasado y, precisamente por eso, era necesaria una investigación para descubrir por qué se tenía la sensación de que quizá pudiera haber pasado algo.

Rookgordijn deslizó una carpeta hacia delante. «Hay agencias», dijo, «que están especializadas en esto». «¿Qué agencias?», preguntó Paarelketting. Rookgordijn carraspeó. «En realidad solo hay una agencia que sea lo suficientemente independiente». «¿Y cuál es?». «Ustedes piden y nosotros lo hacemos».

Alguien debería haber advertido a Collar de Perlas. Pero ella estaba cansada. Quien está cansado, a veces cree que la sensatez basta para desenmascarar la irracionalidad. Tres días después llegó Jaap el Alto. Era alto, delgado y llevaba un maletín como si contuviera el Juicio Final.

Hablaba en voz baja, tenía el aire serio y tomaba notas cada vez que alguien tosía. «No hay nada que nos guste más que investigar la verdad», dijo al entrar. «Eso tranquiliza», dijo Paarelketting. «No siempre es esa la intención», dijo Lange Jaap. Su método era sencillo.

Escuchaba a todo el que tuviera algo que decir sobre Paarelketting, sobre todo cuando a esa persona no le caía bien. Consideraba fiables a los testigos anónimos precisamente porque eran anónimos. A las personas que se atrevían a dar su nombre las encontraba notablemente seguras de sí mismas.

Las declaraciones exculpatorias le parecían interesantes, pero no decisivas. Las declaraciones incriminatorias también le parecían interesantes, pero de otra manera. Steekel se pasó dos veces. La primera vez con rumores. La segunda vez con los mismos rumores, pero más enérgicos.

Lange Jaap tomó nota con cuidado: «Imagen coherente». Teek entregó copias impresas de su propio foro. «Esto está en boca de todos en la ciudad», dijo. «¿Quién escribe todo esto?», preguntó Lange Jaap. «La ciudad», respondió Teek. Lange Jaap asintió. Una ciudad como testigo, eso le impresionó.

Mientras tanto, el ayuntamiento se convirtió en una colmena sin miel. Se susurraba por todas partes. Personas que llevaban años sin mirarse se inclinaban ahora confiantemente unas hacia otras. «¿Ya te han escuchado?» «No, ¿y a ti?» «Sí.» «¿Qué has dicho?» «Que no me atrevo a decir nada.» «Valiente.» «Jaap el Alto también lo pensó».

Un empleado que nunca había tenido miedo empezó a preguntarse si quizá lo había reprimido. Otro recordó de repente que, tres años antes, «Collar de Perlas» había dicho «buenos días» en un tono que, visto en retrospectiva, había sido demasiado enérgico.

Incluso las plantas del ala de la dirección parecían nerviosas. Hugo Vlot organizó de inmediato una reunión sobre seguridad social. «Debemos tomarnos en serio los sentimientos», dijo. «¿Incluso si no son acertados?», preguntó Paarelketting. «Los sentimientos siempre son acertados».

«Entonces ya no tendremos que investigar nada más». «Eso es simplificar demasiado». «¿Y si alguien siente que usted es incompetente?». Hugo Vlot esbozó una sonrisa forzada. «Entonces tendremos que analizar el contexto de esa percepción». «Exacto», dijo Paarelketting. Más tarde, aquello se interpretó como una intervención intimidatoria.

Mientras tanto, los altos funcionarios estaban muy ocupados con su actividad favorita: cubrirse las espaldas. Aparecieron memorandos. No sobre lo que era cierto. Sino sobre a quién se podría considerar responsable de qué si más adelante resultara que alguien debería haber hecho algo en algún momento y no lo había hecho porque, en principio, otra persona podría haberlo preparado.

Redelijk, la secretaria municipal, redactó una nota titulada: «Responsabilidad en relación con la formación de percepciones procesuales dentro de la dinámica administrativa». Nadie la leyó. Todos la elogiaron. «Una nota excelente», dijo Rookgordijn. «Muy equilibrada», dijo Hugo Vlot. «¿Qué pone en ella?», preguntó Paarelketting.

Se hizo el silencio. «Se trata sobre todo de la dirección», dijo Redelijk. «¿Qué dirección?» «Hacia adelante». «¿Hacia dónde?». «Eso debemos explorarlo juntos». A menudo me he preguntado si el infierno realmente necesita fuego. Quizá baste con una sala de reuniones con techo modular, café tibio y gente que dice «explorarlo juntos».

Mientras tanto, Collar de Perlas se impacientaba cada vez más. «Esto es una locura», le dijo a Cortina de Humo. «Esa es tu percepción», respondió Cortina de Humo. «¿Mi percepción? ¿No sabes tú misma que todo esto se basa en rumores?» «Los rumores pueden ser señales». «Y las señales pueden ser rumores».

«Esa distinción», dijo Rookgordijn, «es precisamente el objeto de la investigación». No había nada que objetar a eso, porque no tenía ningún fundamento. El poder del lenguaje administrativo reside en que puede adornar un vacío hasta que parezca una idea. Cuando se publicó el informe, la ciudad ya había terminado de leerlo antes de que nadie lo hubiera abierto.

Y es que la conclusión ya se conocía de antemano. Esa es la ventaja de una investigación bien preparada. Lange Jaap presentó sus conclusiones en la sala del consejo. Habló de patrones, señales, estilo de gestión, presión percibida, tensiones contextuales y una sensación generalizada de inseguridad. «¿Qué tan generalizada?», preguntó alguien. «Lo suficientemente generalizada», respondió Lange Jaap.

«¿Por cuántas personas?». «Eso es confidencial». «Pero, ¿es cierto?». Lange Jaap puso cara de que le hubieran hecho una pregunta inapropiada. «La verdad», dijo, «es un concepto con múltiples capas en este tipo de procesos». Stampertje cerró los ojos un instante.

Disfrutaba del momento. Blauwe tenía el rostro serio. Houtwurm anotó algo que luego él mismo ya no pudo leer. Rookgordijn permanecía inmóvil, como un hombre que hacía tiempo que sabía dónde estaban las puertas. Paarelketting escuchaba y sentía cómo algo se le oprimía en el pecho. No porque se considerara totalmente inocente. No lo era. Había sido mordaz. A veces, demasiado.

Había herido a personas sin darse siempre cuenta. Había pensado que las buenas intenciones la eximían de tener tacto. Se había granjeado enemigos y, a continuación, los había subestimado. Pero lo que ocurría aquí era otra cosa. Aquí las debilidades se fundían en delitos.

Aquí, el estilo se elevaba a la categoría de pecado. Aquí, la irritación se disfrazaba de moral. Y lo peor era que el disfraz encajaba a la perfección. «¿Puedo responder?», preguntó ella. «Por supuesto», dijo Stampertje. «Damos mucha importancia a que se escuchen ambas partes». «Entonces quiero decir que este informe es parcial». Lange Jaap tomó nota de algo.

«¿Qué estás anotando?», preguntó Paarelketting. «Que no reconoces las conclusiones». «Pero si es cierto, ¿no?». «Por supuesto», dijo Lange Jaap. «Confirma la imagen». «¿Qué imagen?». «Que le cuesta aceptar las críticas». En ese momento, Paarelketting comprendió que no estaba en una reunión, sino en un palacio de espejos en el que cada movimiento se utilizaba en su contra.

Si guardaba silencio, se la consideraba fría. Si hablaba, se la consideraba dominante. Si se defendía, se la acusaba de negar los hechos. Si cedía, se la acusaba de confesar. Hay procesos en los que uno solo puede perder porque la derrota es el único desenlace permitido. A la mañana siguiente, la ciudad estaba en llamas. No literalmente.

Para eso, Jenevercity era demasiado húmeda. Pero, moralmente, ardía con fuerza. En el foro de Teek aparecieron cientos de mensajes. «¡Por fin justicia!» «¡Lo sabíamos desde hace años!» «¡Mi vecina también lo intuía!» «¡Un conocido de mi cuñado oyó algo una vez!»

«¡Donde hay humo, hay fuego!». Esto último lo escribió alguien que llevaba meses haciendo humo. Llegaron los medios de comunicación nacionales. A los habitantes les pareció horrible. Y maravilloso. Todos condenaron el daño causado a la imagen de la ciudad y, a continuación, concedieron tres entrevistas por persona.

Steekel recorría el mercado como un general tras una batalla ganada. «El pueblo ha hablado», dijo ella. «¿Qué pueblo?», pregunté. «El pueblo que tiene razón». «¿Es siempre el mismo pueblo?». Ella me miró con recelo. «Usted hace preguntas peligrosas». «Todas las preguntas son peligrosas para quien ya tiene la respuesta».

«¿Está seguro de estar de su lado?». «Mi querida señora», le dije, «apenas estoy de mi propio lado». Eso no le pareció tranquilizador. Paarrencaden dimitió antes de que la tinta del informe se hubiera secado del todo. Parecía sensato. Fue desastroso.

Porque quien se marcha confirma, a los ojos del público, que hay algo que confirmar. «¿Lo ves?», dijo el panadero. «¿Lo ves?», dijo el carnicero. «¿Lo ves?», dijo el florista. Nadie dijo qué se veía exactamente. Tampoco hacía falta. Las palabras «¿lo ves?» se cuentan entre las armas más poderosas de la civilización humana.

No prueban nada, pero lo cierran todo. En los días siguientes, los protagonistas andaban por ahí con las caras serias de quienes habían provocado una catástrofe y ahora se preocupaban por las víctimas. Stampertje declaró que nadie había querido esto.

Blauwe dijo que era un día triste. Houtwurm pidió reflexión. Rookgordijn propuso sacar lecciones. Hugo Vlot anunció un proyecto cultural. Lange Jaap envió una factura. La ciudad respiró aliviada. No porque se hubiera hecho justicia, sino porque la historia había tenido un final que la gente entendía.

Una caída. Un culpable. Un informe. Un nuevo alcalde. La comunidad media no necesita más para poder seguir con sus viejas costumbres. Y, sin embargo, algo quedó en el aire. Un olor. Un regusto. Incluso en Jenevercity, donde la gente estaba acostumbrada a muchas cosas, algunos empezaron a preguntarse si no se habían dejado llevar con demasiada facilidad.

El dueño de mi hotel dijo una noche: «Quizá ella no fuera fácil». «No», respondí. «Pero eso no es un delito». «No». «Y quizá nosotros tampoco fuéramos fáciles». Lo miré. Se sobresaltó ante su propia franqueza y se apresuró a servir dos jenever. «Olvida lo que he dicho». «La ciudad ya se encargará de eso», respondí. En mi última noche, di un paseo junto al Schie. La niebla se cernía baja sobre el agua. Las farolas se reflejaban como estrellas cansadas.

A lo lejos, la campana de la iglesia dio las nueve, la hora a la que Jenevercity solía acostarse para poder seguir susurrando con energía al día siguiente. Volví a ver a Steekel una última vez. Estaba en un puente y miraba hacia el ayuntamiento. «¿Se marcha?», preguntó. «Mañana». «Entonces nos echará de menos».

«Sin duda». «¿Escribirá con sinceridad, verdad?». «Lo intentaré». «Entonces escriba que solo queríamos la verdad». Me quedé en silencio. «¿Por qué no dice nada?», preguntó ella. «Porque todo el mundo dice eso». Se dio la vuelta y desapareció entre la niebla.

Un momento después oí un extraño silbido por encima de los tejados. Quizá fuera el viento. Quizá una escoba. Quizá solo la imaginación de un cronista cansado. A la mañana siguiente abandoné Jenevercity. En el tren pensé en Paarelketting.

No como una santa. No como una mártir. No como un monstruo. Sino como un ser humano. Y esa es precisamente la imagen más difícil de mantener. A la gente no le gusta la gente. Le gustan los papeles. Héroe. Villano. Víctima. Culpable. Bruja. Salvadora. En cuanto a alguien se le asigna un papel, ya no hace falta mirar más allá.

Solo hay que repetir. Por eso las campañas de rumores son tan poderosas. No requieren valor. Ni pruebas. Ni reflexión. Solo una boca. Mi jefe leyó la última página, se quitó las gafas y me miró. «¿Y?» «Nadie era totalmente culpable». «Como siempre».

«Nadie era del todo inocente». «Como siempre». «Uno era vanidoso. Otro, rencoroso. El tercero, cobarde. El cuarto, tonto. El quinto, profesional». «¿Profesional?» «Sí. A veces eso es lo más peligroso». Mi jefe asintió con la cabeza. «¿Y la alcaldesa?» «Un ser humano».

«No se lo perdonarán». «No». Cerró el expediente. «¿A dónde nos lleva la siguiente misión?», pregunté. Sonrió. «A Kiev, donde parece que hasta los pájaros son corruptos». Suspiré. «¿Así que otra vez la misma gente?».

«Solo que los edificios son más grandes». Casi todo el mundo tiene uno de esos. De vuelta en la Quinta Garganta de los Malebolge, entregué mi informe. Mi siguiente encargo ya estaba listo. Tenía que investigar el persistente rumor de que incluso los pájaros de Kiev eran corruptos. Esta investigación me llevó años, mucho más tiempo del que había pensado.

Sin lugar a dudas, esta se convirtió también en la misión más bonita de mi vida y, vaya, cómo disfruté allí y me reí de la imagen que nuestras élites políticas y los periodistas pintaban de Ucrania. Esa imagen no podía estar más alejada de la realidad. Pero la gente es muy sensible a eso.

En 2022, las banderas amarillas y azules ondeaban en prácticamente todas las calles de los Países Bajos. Ahora ya no. Siempre lleva algún tiempo que la situación real cale en la opinión pública. Las élites políticas y los periodistas de los medios de comunicación dominantes, que se habían comprometido incondicionalmente con la narrativa falsa, ya no podían dar marcha atrás, y las historias se volvían cada vez más inverosímiles y fantasiosas.

Nadie es responsable. Nadie reconoce su error. Los protagonistas políticos desaparecieron de la escena. Nuevos pesos pesados ocuparon su lugar. El apoyo siguió siendo incondicional, sin control, hasta el último ucraniano. A eso lo llamábamos ayuda, pero con amigos así, ya no hace falta tener enemigos.

Volveré sobre esto en una próxima historia. «Escena absurda» es lo que mejor describe la situación. Años más tarde supe que Jenevercity seguía existiendo. Las mismas calles. El mismo muelle. La misma sala del consejo. Otros dirigentes. Nuevas cuestiones.

Nuevos informes. Nuevas palabras para viejos rencores. Porque las ciudades rara vez aprenden. Y las personas, aún menos. Solo los susurros cambian de nombre. Y en algún lugar, de eso estoy casi seguro, Teek volvía a estar detrás de su pantalla, Steekel se alisaba su viejo abrigo, Stampertje se inclinaba sobre una nueva formulación preocupante, Hugo Vlot hablaba de seguridad, Lange Jaap anotaba una tos sospechosa y Rookgordijn sonreía como alguien que sabía que toda niebla, tarde o temprano, vuelve a ser útil.

En cuanto a Paarelketting: desapareció de la ciudad, pero no de la historia. Quedó en bancarrota. El contratista local (y mejor amigo del exalcalde Scheerjeweg, a quien ella le había negado una condecoración real), con quien se había enemistado a causa de una factura exorbitante por la reforma de su villa, demasiado grande, colocó un localizador bajo su coche, fue descubierto, perseguido y, al igual que en el octavo círculo del infierno, se prendió fuego a los propios pies.

No hubo ganadores. Solo perdedores. También la propia ciudad, a la que ya pocos forasteros tomaban en serio. Teek sufrió un paro cardíaco cuando iba a publicar otro comentario soez sobre el enésimo juicio de Paarelketting y Steekel tropezó con una losa suelta en Zwart Nazareth. El karma existe. A veces es la única justicia que queda.

No es que se gane. No es que se tenga razón. Sino que alguien, aunque sea años después, vuelva a escribir que la verdad rara vez grita. Ella susurra. Solo que mucho más bajo que la mentira.

Comentario de Dik Momus: La integridad es una virtud fundamental, pero en un contexto político también puede utilizarse para eliminar a los oponentes. Las personas que más insisten en la integridad, los llamados «defensores de la decencia», suelen ser precisamente las menos íntegras. Imponen a los demás normas y valores fundamentales que a menudo ellos mismos no respetan. Además, la presunción y la arrogancia son rasgos de carácter peligrosos. Paarelketting se creía intocable y daba la impresión de ser arrogante y obstinada ante sus oponentes. Eso brindó oportunidades para eliminarla mediante una campaña de rumores. La vox populi rara vez conoce los hechos y el contexto.

2. El amor al principio es dulce, el final es amargo

Encargo de Dik Momus: ¿existe realmente el amor verdadero o es una ilusión? Y, si existe, ¿por qué es tan escaso? ¿No se basa la relación amorosa, que ha ido ganando popularidad desde el Romanticismo, sobre arena movediza? ¿No es más estable un matrimonio por motivos prácticos?

Florenxia, donde el Arno lo vio todo

Me llamo Dik Momus. Soy reportero en la Quinta Garganta del Maleboge, un departamento donde normalmente se ocupan de tiranos, traidores, banqueros, cortesanos, amantes celosos, santos fracasados y otras criaturas que, desde el origen de la humanidad, la complican innecesariamente.

Una mañana —si es que allí arriba se puede hablar de mañanas—, mi jefe me llamó a su despacho. Estaba sentado tras su escritorio, que parecía hecho de arrepentimiento petrificado. Ante él no había ningún expediente grueso, ni una pila de pergaminos llenos de guerras y conspiraciones, sino solo una carpeta delgada. «Florenxia», dijo.

«¿Asesinato?», pregunté.

«Por supuesto». «¿Traición?». «También». «¿Dinero?».

«Siempre». «Entonces es otro expediente cualquiera». «No», dijo él. «Esto va sobre el amor». Me quedé en silencio. En nuestro departamento, esa palabra siempre provocaba incomodidad. Sobre los asesinatos se podía informar de forma ordenada. Para los golpes de Estado existían plantillas. Para la corrupción teníamos incluso apartados estándar.

¿Pero el amor?

El amor era un poder desordenado. No se ajustaba a procedimientos, plazos ni expectativas razonables. «¿Qué tengo que investigar?», pregunté. «Si existe el amor verdadero». «Me parece un tema para poetas». «Precisamente por eso te enviamos a ti.

Los poetas exageran. Los filósofos se pierden. Los teólogos lo complican demasiado. Tú observas. «¿Y si no encuentro nada?». «Entonces lo anotas». «¿Y si encuentro algo?». Mi jefe miró la carpeta. «Entonces lo guardamos con cuidado. Eso ocurre muy pocas veces».

Así fue como acabé en Florencia, en una época en la que los hombres llevaban dagas, las mujeres guardaban secretos, los sacerdotes tenían segundas intenciones y los príncipes rostros tan lisos que hasta sus pecados resbalaban por ellos. Florencia ya no era entonces una ciudad, sino una obra de arte habitada por personas que se creían más importantes que la ciudad que las albergaba.

Durante el día, los palacios resplandecían al sol. Por la noche, las piedras se teñían de rojo, como si recordaran los asesinatos que se habían tramado a su sombra. El Arno fluía tranquilamente entre todo ello, como un viejo testigo que hacía tiempo que había aprendido que las personas van y vienen, pero que el agua nunca toma partido.

Paseaba junto al río y pensaba en Heráclito. Panta Rhei. Todo fluye. Solo el ser humano intenta detener el río con títulos, contratos, posesiones, matrimonios, votos y testamentos. Dice: mi casa, mi nombre, mi mujer, mi hijo, mi cuerpo, mi fama. El tiempo se limita a sonreír. Sabe que todo acabará siendo reclamado de nuevo.

En Florencia quizá se sabía esto mejor que en ningún otro lugar, pero no se actuaba en consecuencia. Al contrario. Precisamente allí, entre iglesias, frescos, mansiones de banqueros, pasadizos secretos y jardines perfumados, se intentaba revestir de oro lo efímero. Los Médici eran maestros en ello.

Acumulaban poder como otros recogen conchas en la playa: con aparente facilidad, pero nunca sin codicia. Compraban artistas, obispos, matrimonios, enemigos y, de vez en cuando, una conciencia. Sin embargo, sería injusto describirlos únicamente como depredadores.

Eso es lo complicado de las personas: rara vez son lo suficientemente simples como para ser puramente malas. Regalaron belleza al mundo. Pero la belleza suele financiarse con miedo. En aquella ciudad, donde el diablo a veces iba mejor vestido que los ángeles, apareció Bianca Capello.

Procedía de Venecia, una ciudad que ya de por sí se asemejaba a una mujer: seductora, reflectante, peligrosa, hermosa y siempre a punto de desaparecer lentamente en el agua. Bianca era joven, de buena cuna y dotada de ese tipo de belleza que no reside únicamente en los rasgos faciales.

Hay mujeres que son bellas mientras guardan silencio. Hay mujeres que se vuelven más bellas en cuanto hablan. Bianca pertenecía a este último tipo. Poseía una gracia sin artificios, una dulzura sin debilidad y una inteligencia juguetona que primero tranquilizaba a los hombres y luego los desarmaba.

Cuando sonreía, no parecía iluminar la habitación, sino recordar a las personas que en ella se encontraban que ellas mismas habían poseído alguna vez la luz. En Venecia había conocido a Piero Bonaventuri. Piero no era un príncipe. Ni un cardenal. Ni un general.

No era un hombre sobre el que la historia soliera derramar su mejor tinta. Era un empleado de banco, lo que en aquella época significaba que estaba lo suficientemente cerca del dinero como para que este pudiera corromperlo, pero no lo suficientemente alto como para estar realmente protegido por él.

Bianca y Piero se enamoraron. Desesperadamente, se suele decir. Esa palabra está bien elegida. Muchos amores incipientes son dulces porque aún no saben nada del mañana. Se alimentan de la miel y se olvidan de la abeja. Ven la puerta y no la cerradura. Oyen la música y no el silencio que le sigue.

Los padres de Bianca nunca habrían aceptado a Piero. Su posición social era demasiado baja. En el mundo de las familias, los escudos de armas y las dotes, el amor solo es aceptable mientras no altere las cuentas. Así que huyeron. A los enamorados les gusta hacer eso en las historias antiguas.

Creen que escapan del mundo cambiando de ciudad. Pero el mundo viaja ligero. Cabe en una maleta, en una carta, en un recuerdo, en un nombre. Bianca y Piero se trasladaron a Florencia y se casaron en secreto. Para Piero, eso podría haber significado la muerte. Para Bianca, un convento.

La ley rara vez es tan severa como cuando los jóvenes hacen algo que los mayores envidian en secreto. Vivían en la clandestinidad, cerca de San Marcos, en habitaciones donde el amor pronto se volvió más pequeño que la cama, más estrecho que la puerta y más opresivo que la calle por la que no podían pasear libremente.

Antes debió de ser dulce. Dos jóvenes. Un miedo compartido. Un secreto. Una mano que busca a la otra en la oscuridad.

Pero incluso el amor más ardiente se ve puesto a prueba por las paredes húmedas, las contraventanas cerradas y la amenaza constante de que cada paso en la escalera pueda ser el último. Piero, que había arriesgado su vida para poseerla, probablemente descubrió pronto que la posesión es una forma miserable de amor.

Quien encierra a una mujer por amor, aunque sea junto a sí mismo, convierte tarde o temprano a la amada en un espejo de su propia carencia. Bianca no se marchitó. Para eso estaba demasiado viva. Pero miraba cada vez más a menudo hacia la ventana. No para huir. Todavía no.

Sino para recordar que fuera de la habitación existía un mundo. Y entonces Francesco de' Medici la vio. Hay instantes que no se comportan como instantes. Son breves en el tiempo, pero largos en sus consecuencias. Quizá duren tres segundos, pero proyectan una sombra sobre décadas.

Francesco ya estaba entonces atado a un matrimonio que otros calificaban de sensato. Ese suele ser el tipo de matrimonio más triste. Su esposa, Juana de Habsburgo, era de ascendencia imperial, de posición respetable y de aspecto frío.

Tenía todo lo que una dinastía podía desear y poco de lo que pudiera enternecer a un hombre. Francesco no era un simple romántico. Era un Medici. Conocía el poder, el cálculo, el rango y el peligro. Sabía que una mirada podía malinterpretarse, que una sonrisa podía poner en movimiento a toda una corte y que el amor en una corte nunca se quedaba solo en amor.

En una corte, incluso un suspiro se convertía en política. Sin embargo, se sintió perdido en cuanto vio a Bianca. No porque fuera simplemente guapa. La belleza por sí sola rara vez basta. Florencia tenía tantas mujeres guapas como las iglesias tienen velas. Pero Bianca poseía algo más: una vivacidad que no se dejaba domar.

No era ruidosa, ni descarada, ni teatral. Al contrario, tenía el raro don de estar presente sin ofrecerse a sí misma.

Francesco la miró y, probablemente, sintió algo que ningún mayordomo, confesor, esposa, hermano o ministro podía organizar por él.

Yo me encontraba a cierta distancia. A los cronistas de la Quinta Garganta rara vez se les presta atención. Eso es una ventaja en el amor y una desventaja en las cenas. Francesco apenas le dirigió la palabra aquella primera vez. Se inclinó, dijo algo cortés y luego apartó la mirada con el aparente autocontrol de un hombre que no quiere dejar entrever que su fortaleza interior acaba de ser tomada sin lucha alguna.

Bianca respondió educadamente. Pero no apartó la mirada de inmediato. Eso bastó. Quien piense que el amor empieza con palabras ha entendido muy poco del amor. Las palabras llegan después, cuando el alma ya ha cometido traición. Aquella noche paseé junto al Arno. La ciudad olía a piedra mojada, caballos, cera de vela y cáscara de naranja. En un callejón, una mujer reía.

En un balcón, alguien tocaba suavemente un laúd. Desde un palacio se oían discusiones, pues incluso en el mármol viven personas infelices. Pensé en Orfeo. No porque Francesco tocara música, sino porque todo gran amor, tarde o temprano, se encuentra con su inframundo.

Orfeo no perdió a Eurídice porque no la amara, sino porque deseaba conservarla demasiado. Se volvió a mirar atrás. No por infidelidad, sino por miedo. Esa es quizás la tragedia más antigua del amor. El miedo a perder destruye a menudo lo que el amor mismo podría haber conservado.

Francesco aún no sabía entonces que ya había entrado en su mundo subterráneo. Bianca tampoco. El amor incipiente es dulce. Ella nunca piensa en la cuenta. Cuando dos miradas se cruzaron. Hay encuentros que, a posteriori, se denominan «casualidad», porque la palabra «destino» parece conllevar demasiada responsabilidad. Yo no creo mucho en eso.

Después de miles de años observando a las personas, me he vuelto cauteloso con palabras como «casualidad» y «libre albedrío». Quizá se parezcan a dos viajeros que se alternan constantemente sin llegar a despedirse nunca del todo. A veces pensaba en un trolebús.

El conductor sujetaba con firmeza el volante, miraba atentamente hacia delante y creía elegir cada curva por sí mismo. Sin embargo, la catenaria ya determinaba la dirección desde hacía tiempo. Quizá con el ser humano ocurra lo mismo. Elige sus palabras, sus amigos y sus seres queridos, mientras que rara vez sospecha cuántos hilos se tensaron ya antes de su nacimiento.

Sin embargo, una pregunta seguía rondándome la cabeza. Si la ruta está en gran parte predeterminada, ¿por qué se comportan dos personas de manera tan diferente cuando recorren el mismo camino? Había visto a hermanos criados por la misma madre.

Uno se convirtió en una persona apacible que prefería perder antes que hacer daño a otra persona. El otro se transformó en un depredador que ni siquiera confiaba en su propio reflejo. Desde entonces, creí menos en la educación que la mayoría de los filósofos.

El carácter es un huésped extraño. No llama a la puerta. Ya está dentro antes de que aprendamos a hablar. Quizá el ser humano sea menos el arquitecto de su carácter que su jardinero. No elige el terreno. Solo elige cómo cuidarlo. Francesco poseía un carácter que luchaba constantemente consigo mismo.

Le encantaba la ciencia, la astronomía, las plantas raras, los minerales, el arte, el silencio de los laboratorios. Podría haberse convertido en un erudito sin ningún esfuerzo. Pero había nacido como un Medici. Eso no era una profesión. Era un destino. Su familia esperaba poder.

Su pueblo esperaba liderazgo. Su padre esperaba obediencia. La historia esperaba un gran duque. Nadie preguntó jamás qué deseaba el propio Francesco. Quizá eso le ocurría a pocos monarcas. Una corona se asemeja a una jaula de pájaros de oro. Por fuera brilla. Por dentro sigue siendo una jaula.

Cuando Francesco volvió a encontrarse con Bianca, esta vez en los jardines de Boboli, era primavera. Florencia se había envuelto en una suave neblina verde. Los naranjos estaban en flor. Las fuentes susurraban a las estatuas que, desde hacía siglos, fingían no oír nada.

Bianca caminaba lentamente junto a una balaustrada de mármol. No porque tuviera prisa. Sino porque las personas verdaderamente elegantes rara vez tienen prisa. Francesco se detuvo. No dijo nada. Ella tampoco. Algunos silencios duran más que las conversaciones. «Le gustan las flores», dijo Francesco al fin.

Bianca sonrió. «No». Él la miró sorprendido. «Me gusta la gente que sabe apreciar las flores». Esa respuesta le persiguió durante toda su vida. Él sonrió. No en voz alta. Más bien como sonríe alguien que descubre de improviso una puerta cuya existencia desconocía.

A partir de ese momento, su relación cambió. No de repente. El amor suele crecer como nace un río. Gota a gota. Manantial tras manantial. Hasta que ya nadie recuerda dónde empezó realmente el agua. Se veían más a menudo. Siempre por casualidad. Al menos, así es como la corte calificaba esos encuentros.

En realidad, una corte es el lugar menos fortuito del mundo. Cada mirada es observada. Cada sonrisa, recordada. Cada paseo, descrito. Y cada silencio, interpretado. Los cortesanos formaban una especie animal maravillosa. No vivían de pan. Ni de vino. Sino de conjeturas.

Cuando dos personas se encontraban tres veces, al cabo de una semana la corte ya estaba segura de que eran amantes. Cuando realmente se amaban, la corte solía saberlo incluso antes. No porque los cortesanos fueran perspicaces, sino porque los celos tienen una capacidad de observación excepcional.

Siempre me ha sorprendido la envidia. Es la única emoción que incluso percibe la felicidad ajena como una pérdida personal. Quizá por eso sea tan insaciable. Una noche, Bianca preguntó: «¿Cree usted en el destino?». Francesco miró hacia el Arno. «Creo que tomamos decisiones». «¿Siempre?». Él guardó silencio. «No siempre». «¿Y cuándo no?».

«Cuando el corazón decide más rápido que la razón». Bianca miró hacia el agua. «Entonces quizá no tomemos ninguna decisión». Francesco sonrió. «Eso suena peligroso». «Así suele ser el amor». Escuché sus palabras. Y pensé en un antiguo texto de la India.

En él se decía que nada es realmente de nuestra propiedad. Ni nuestra riqueza. Ni nuestra salud. Ni nuestros seres queridos. Ni siquiera nuestro cuerpo. Todo nos es confiado solo de forma temporal. Quizá los celos surgen precisamente en el momento en que el amor quiere convertirse en posesión.

Quien dice: «Tú eres mío», ya ha olvidado que ningún ser humano posee jamás realmente a otro. Quizá por eso precisamente el amor sea tan frágil. Exige una entrega total. Pero rechaza la posesión. Esa es una contradicción con la que la mayoría de la gente tropieza durante toda su vida.

Francesco empezó a maldecir cada vez con más frecuencia las noches en las que Bianca no aparecía. Trabajaba. Recibía a enviados. Firmaba decretos. Ratificaba tratados. Pero sus pensamientos vagaban por otros lugares. Vi cómo, durante las reuniones, miraba ausente por la ventana.

Los ministros hablaban de impuestos. Él solo veía los jardines de Boboli. Los generales hablaban de fortificaciones. Él solo oía su voz. Un obispo pronunciaba un largo discurso sobre la responsabilidad de un monarca. Francesco anotaba distraídamente una sola palabra en el margen de sus papeles.

Bianca.

Algunos cortesanos se dieron cuenta. Eso bastó. Una corte vive de dos cosas: la ambición y el aburrimiento. Cuando la ambición se adormece por un momento, el aburrimiento toma inmediatamente la palabra. En pocas semanas se empezaron a hacer rumores. En pocos meses, todos lo tenían claro.

En un año, todo el mundo afirmaba haber estado presente cuando comenzó el amor. Nadie había estado allí. Solo el Arno. Y los ríos no hablan. Pensé en Orfeo. No en su descenso. Sino en su primer encuentro con Eurídice. Probablemente él también pensó que el mundo se había vuelto más bello.

Quizá ella también lo era. Solo que la belleza nunca dura lo suficiente para quienes quieren retenerla. El sol se ocultaba lentamente tras las colinas. Florencia se tiñó de oro. Francesco miró a Bianca como si comprendiera por primera vez que una persona puede convertirse al mismo tiempo en la mayor felicidad y en el mayor peligro de otra.

Y, en algún lugar, muy en lo más profundo de mi ser, sabía que mi misión sería más difícil de lo que jamás había imaginado. Me habían enviado a Florencia para investigar si existía el amor verdadero. Poco a poco, empecé a temer que, efectivamente, existiera.